

# Entre lo normal y lo peligroso

*Los trabajadores en la red del discurso disciplinar decimonónico*

Sandra Caponi<sup>1</sup>

## Resumo

Este trabalho pretende analisar as diferentes estratégias de poder que, no fim do século passado e no inicio do século XX, se dirigiram a essa figura ambígua (que é paradigma de «normalidade», mas que não pode deixar de ser considerada como «perigosa») do trabalhador qualificado. Essas estratégias, que vão da exclusão dos centros das cidades industriais até a administração das fábricas, não parecem levar necessariamente a marca dos poderes disciplinares analisados por FOUCAULT. Neste sentido pretendemos assinalar as diferenças e as analogias que fazem com que estas estratégias sejam algo mais do que apenas um outro capítulo do discurso disciplinar.

**Palavras-chave:** poder disciplinar; taylorismo; Michel Foucault; normalidade.

## Abstract

An analysis is offered of the various strategies of power which, at the end of the last century and beginning of the 20th century have been directed to that ambiguous figure of the qualified worker (which is a paradigm of "normality" but must be seen as "dangerous"). Such strategies, reaching from the exclusion of such workers from the center of industrial cities to the management of factories, do not seem necessarily incorporate the mark of those disciplinary powers such as analysed by FOUCAULT. In that sense, the study intends to emphasize the differences and the analogies which make these strategies something more than another chapter added to the disciplinary discourse.

**Keywords:** disciplinary power; taylorism; Michel Foucault; normality.

<sup>1</sup> Doutora em Lógica e Filosofia da Ciência - UNICAMP-1992, professora do Departamento de Saúde Pública da UFSC.

La vida de los hombres es ajena al orden de lo natural. Se inscribe casi enteramente en el orden del artificio. Así, si pensamos en aquellas figuras del siglo XIX como fueron las burguesas histéricas, los soldados prusianos, los colegiales onanistas o los delincuentes, veremos que ellos son el efecto de esa compleja red de discursos e instituciones que Michel Foucault caracterizó como diagrama disciplinar. Un diagrama que con un mismo gesto construye lo normal y lo patológico, aquí las existencias privadas de los buenos burgueses y allí las existencias públicas y estridentes de los "hombres infames". Aún la existencia de esos seres miserables en cuyas palabras FOUCAULT ha querido leer extraños poemas, es tan lejana al reino de la naturaleza como lo es la vida del más disciplinado de los burgueses.

En vano intentaremos referir las vidas de los hombres infames a los instintos naturales, ellas siempre escaparán a los análisis que pretendan descubrirlas en su "estado libre". Ocurre que solo restan de ellas algunos breves discursos, unas pocas palabras a través de las cuales esas existencias fueron modeladas. Esos discursos son siempre un diálogo con el poder, se le oponen, luchan con él o intentan, al contrario, seducirlo. Como afirma FOUCAULT las breves y estridentes palabras que van y vienen entre el poder y esas existencias insustanciales constituyen para ellas el único momento que les fue concedido; es ese instante lo que les ha proporcionado el pequeño brillo que les permitió atravesar el tiempo y situarse ante nos otros como un breve relámpago (FOUCAULT, 1990:182).

Al lado de esas vidas, están aquellas otras que parecen no haber dejado huella, aquellas que se ocultan tras la aparente discreción de lo normal. Sin embargo, fue preciso que múltiples discursos, estruendosas palabras, saberes específicos, modelaran también el cuerpo y el alma de los llamados "normales". Es que, ellos no son más que otro efecto del mismo diagrama de poder.

Un diagrama es siempre bifronte, de un lado se refiere a los discursos y del otro a las instituciones, de un lado a lo que puede ser enunciado y del otro a lo que puede ser visto o efectuado en un momento histórico preciso. Es así que el paso de los suplicios a las celdas, o del hospital general al pabellón psiquiátrico, lejos de marcar una humanización del castigo o de la cura, marcan ese momento de inflexión en el que se modifican radicalmente las formas del ver y de decir. Junto con la invención del hombre moderno, son construidos discursos e instituciones que se proponen invadir, poco a poco, todos los espacios; iluminar todos los rincones a fin de tornarlos habitables y racionales.

Aislar esa red discursiva exige respetar ciertas precauciones metodológicas. Será preciso analizar esos discursos en su positividad, atendiendo exclusivamente al espacio de lo dicho. Más que procurar tras las palabras un elemento oculto, un sentido secreto que se esconde en ellas o que sale a luz a través de ellas sin decirlo se trata de problematizar a los enunciados allí donde ellos dicen. Será preciso también, poner entre paréntesis los efectos de esos discursos, las resistencias, muchas veces feroces que ellos suscitaron, las corporeidades que efectivamente modelaron las conquistas, los desvíos impredecibles o los fracasos.

Si como FOUCAULT nos ha habituado a hacerlo, pensamos a los discursos como instancias privilegiadas de constitución de la subjetividad, deberemos interrogarnos respecto de cuales son esos cuerpos y esas subjetividades que se han querido modelar a partir de ellos. Es que los discursos no son un efecto de superficie de algo que acontece en otra instancia. Atraviesan el cuerpo social en su conjunto, circulan a través de los propios individuos que han constituido. Más que interrogarnos por ellos en términos de error, ilusión o representación- pantalla deberemos problematizar el régimen de producción de discursos “verdaderos”.

Será preciso tematizar el modo por el que ellos conformaron una red que posibilitó la emergencia de saberes, poderes y cuerpos. Esos discursos ortopédicos que no han dejado de atravesar el cuerpo social en la modernidad quieren producir una humanidad normalizada y dócil, pero también hábil y eficaz.

Desde allí, la red discursiva que atraviesa el diagrama disciplinar podrá ser pensada como espacio de producción del hombre moderno. El momento histórico en que esa red emerge, es el momento en que se produce una inversión en el eje político de la individualización. Allí los discursos comenzarán poco a poco a desplazar su objeto y sus problemas. Ahora, quien estará más marcado como individuo ya no será quien tiene más privilegio político, como en la época clásica; sino al contrario, los menos privilegiados políticamente (FOUCAULT, 1976:197). Ese es el instante en que debemos situar el momento de emergencia de las ciencias humanas, más específicamente de esos saberes correctivos que ocuparon a M. FOUCAULT. Ahora preocupará más el registro de pequeños desvíos que puedan producirse en relación a la norma, que el relato de hechos triunfales. Las disciplinas son contemporáneas de una obsesión, la de clasificar y dividir, la de diferenciar incesantemente dos mundos el de lo normal y el de lo diferente.

Hacia mediados del siglo XIX surgirá en el interior de esa red discursiva un conjunto de saberes (como la frenología o la criminología),

que se caracterizan por estar a mitad de camino entre el discurso jurídico y la medicina. Ellos parecen poseer una justificación social y moral indiscutida. Por estar en los límites de la justicia y el saber médico sirven de ayuda para los anormales y de instrumento de defensa para la sociedad (FOUCAULT, 1990:192). Se inicia así la asociación entre el fuera de la norma, el individuo anormal y el individuo peligroso. Ella es, como tantas otras, una invención reciente, un efecto de las disciplinas. Para FOUCAULT la conciencia moderna tiende a otorgar a la distinción entre lo normal y lo patológico el poder de delimitar lo irregular, lo desviado, lo poco razonable, lo ilícito y también lo criminal (FOUCAULT, 1990:14).

Entre esas dos figuras que las instituciones y los saberes disciplinares han recortado, la figura de lo normal y la del anormal-peligroso, existe una tercera figura a la que ese autor poco se ha referido. Ella es paradigma de normalidad para esos seres monstruosos cuyo peligro último es la pereza, y al mismo tiempo, condición material de existencia de la burguesía normalizada. Esta figura intermedia fue aislada por reformadores y humanistas ingleses, preocupados con las precisiones que exigía la redacción de la nueva ley de pobres, bajo el nombre de: "tipo normal de trabajador industrial". Decimos que se trata de una figura intermedia porque ella pertenece, a la vez, a los dos mundos que obsesionaron a los saberes disciplinares. Si de un lado puede definirse como "normal" del otro no puede sino pensarse como "peligrosa".

Nos preocuparemos aquí por delimitar cual es el espacio que esa figura anómala ocupa en relación a esos discursos ortopédicos a los que nos hemos referido. Nos preguntamos: ¿qué es lo qué en el siglo XIX se dice respecto a esa multiplicidad humana que habita en el interior de la fábrica? ¿Qué discurso se propone racionalizar ese espacio que, sin duda, no era mas transparente que el de las prisiones? ¿Cuáles eran los saberes que análogamente a la psiquiatría, a la pedagogía, o a la higiene se proponían iluminar y hacer habitable ese extraño y nuevo mundo de la fábrica? Contrariando las evidencias, creemos que es posible afirmar que esos discursos difieren significativamente de los saberes correctivos y disciplinares que FOUCAULT ha problematizado.

La referencia a Jeremías BENTHAM resulta ser, una vez más, ineludible. Tanto en su "Panóptico" como en su proyecto de casas de la industria enumera de modo inequívoco el lugar que los discursos disciplinares reservan para los trabajadores "diligentes". Se trata de un espacio lateral, de un límite que señala el "deber ser". Es qué, esa figura ambigua, ese motor de la sociedad industrial era pensado por BENTHAM como paradigmático. A su imagen

deberían modelarse aquellos habitantes de las casas de la industria a quienes define como la escoria de la sociedad. Así, la mayor aspiración de la conciencia moderna se podía resumir en una frase de BENTHAM, "Que la escoria se convierta en plata", que el residuo se convierta en motor de la sociedad. Y es por eso que los discursos ortopédicos no pudieron dejar de referirse a la cuestión de la "pereza", problema que parecía obsesionar a las mentes más ilustradas. Será preciso impedir que el virus de la pereza se extienda por toda la sociedad, será necesario que los llamados «pobres andrajosos» se conviertan poco a poco en «pobres diligentes y laboriosos».

En ese espacio ambiguo, que es al mismo tiempo una meta y un límite, parece encontrarse la figura del trabajador en la mayor parte de los discursos disciplinares preocupados por fabricar una "normalidad productiva". Las estrategias de poder que inicialmente se referirán a esa figura, estarán esencialmente marcadas por la extracción (de tiempo y de fuerza) y por la exclusión. En esa anátomo-política del cuerpo humano se inscribe, por ejemplo, la redacción de la nueva ley de pobres. En ella se excluye de modo explícito a los trabajadores de los escasos beneficios con los que hasta entonces la asistencia los favorecía. Sólo se reservará para ellos esa institución conocida con el nombre de "work-house", tan austera y tan poco seductora que jamás incitaría a inclinarse por la pereza.

Si el discurso disciplinar se preocupa por demarcar con barreras nítidas el mundo de los trabajadores y el de la escoria perezosa, las bio-políticas de la población prefieren, en cambio, referirse a un continuo "pobres", a una multitud ambigua y amenazante a la que será preciso excluir de las ciudades. El barón Haussman será quien enunciará y concretará esta exigencia, sin dejar lugar a equívoco. Aquí, no importan las demarcaciones, la totalidad de los pobres forma parte de un mundo virtualmente peligroso que deberá ser trasladado a la periferia de la ciudad. No existen dudas al respecto, tal como el barón lo enuncia *París pertenece a Francia y no a los parisinos que habitan en casas de alquiler* (BRESCIANI, 1982:68). París estará atravesada desde entonces por amplios bulevares que fueron ideados con la doble función de garantizar la correcta circulación del aire y de evitar la construcción de barriadas. La multitud peligrosa y aterradora ya no tendrá lugar en el centro de París.

Pero, resta aún por determinar cuales son aquellos discursos que se proponen administrar y organizar a esa figura ambigua, en el interior de ese espacio donde casi de modo excluyente transcurrían sus vidas: la fábrica. Será Andrew URE quien, en su **Filosofía de la Manufactura**,

enunciará por primera vez ésta cuestión como problemática. Allí ya no se trata de pensar a los trabajadores como paradigma de normalidad, ni como multitud peligrosa, sino de configurar un saber tal que pueda docilizarlos a la vez que extraer de ellos el máximo de productividad.

Debemos señalar, sin embargo, que éste discurso es menos heredero de la razón iluminista y de las disciplinas, que del discurso religioso. Ocurre que, aún cuando estuviésemos tentados a imaginar que el texto de URE desplaza la razón iluminista al espacio de las fábricas, queriendo hacer transparente ese cono de sombra en el que la luz aún no había ingresado, rápidamente encontraríamos que esa luz no es la de la razón sino más bien la de la fe. Recordemos las palabras reseñadas por MARX donde URE enuncia el principio que ha regido a la administración hasta nuestros días: *cuando el capital recluta la ciencia a su servicio la mano refractaria al trabajo siempre aprenderá docilidad* (URE, 1967:368).

Aún cuando pueda parecer que hay allí un ejemplo más de racionalización y disciplina creemos, sin embargo, que ese enunciado debe inscribirse en otra red discursiva. Lo que a Ure le preocupa son las "despóticas confederaciones de obreros calificados", esos obreros hábiles apegados a la tradición de sus oficios a quienes el automatismo maquinico no parece disciplinar. URE descubre rápidamente los límites de la máquina para crear "siervos de la industria". Si ella posee alguna efectividad será solo en relación a las mujeres, a los trabajadores sin calificación, y fundamentalmente en relación a los niños cuyos «dedos ágiles» y «mente vivaz» le permiten plegarse ininterrumpidamente al ritmo impuesto por la máquina. La máquina no podrá, sin embargo, eliminar la presencia de los calificados, a quienes define como "hombres de vista corta" sólo apegados a sus intereses.

Dónde encontrar el poder para transformar esa humanidad refractaria al trabajo a la que, paradójicamente, pertenece el trabajador de oficio? La respuesta de Ure no deja lugar a equívocos: "en la cruz de Cristo" (URE, 1967:424). *No hay, de hecho, ningún otro caso en que la verdad del evangelio sea más aplicable que en la administración de una gran fábrica* (URE, 1967:417). El trabajo lejos de ser el normalizador universal del que hablaba BENTHAM, es pena y sudor. La verdad se identifica con la palabra de la Providencia. Por fin, sólo la convicción en la existencia de una vida futura y feliz conquistada con sudor en éste mundo llevará docilidad a las manos hábiles.

Como vemos, URE está lejos de pretender desplazar la razón moderna al espacio de la fábrica, el trabajo que es pena y sudor, representa la salvación en un mundo del que el hombre moderno aún no forma parte.

Se dirá que habremos de esperar hasta 1.911 para asistir a la emergencia de un discurso «disciplinar» que finalmente se dirija a aquella «normalidad productiva» que habita en el interior de las fábricas. Se dirá que con el nacimiento de la administración científica, sencilla invención de Frederick Taylor, la razón disciplinar ingresa a la fábrica. Sin embargo, creemos que es preciso evitar esa rápida asociación. Creemos que quizás no sea tan obvio como se supone que el taylorismo deba ser considerado como la aparición de un nuevo capítulo de los discursos disciplinares. Es cierto que como ellos, éste se valdrá de reglamentos, registros, cálculos, clasificaciones y tablas para modelar a los cuerpos laboriosos. Pero, a diferencia de ellos éste saber no se presenta como correctivo o normalizador, no es, en sentido estricto, un saber ortopédico.

En primer lugar, es ajeno a la distinción médico-jurídica tan cara a las disciplinas entre lo normal y lo patológico. El problema que a TAYLOR le preocupa ya no es el «virus» de la pereza sino más bien el trabajo y la fatiga, y, más específicamente, la extracción de ese saber que resultaba ser, hasta allí, patrimonio exclusivo de los trabajadores. El descubre que los trabajadores podían perder algo más que sus «cadenas», podían perder también su saber.

Su interés no es el de producir cuerpos hábiles y costosos, tanto más costosos cuanto más hábiles, como soñaban las disciplinas, sino cuerpos despojados de toda habilidad y saber, cuerpos tan abaratados cuanto sea posible. Según Michel FOUCAULT existe cierto cinismo del poder por el que este se obstina en decirlo todo. Pocas veces ése cinismo se patentizó de forma tan clara como en los «Principios de administración científica» de Frederick Taylor. Allí podemos leer que *uno de los primeros requisitos para (seleccionar) un individuo que quiera cargar lingotes de forma regular, es que sea tan estúpido y flemático que se asemeje en su constitución mental a un buey (...) el trabajador más adecuado es el incapaz de entender la ciencia que regula la ejecución de su trabajo. Es tan rudo que la palabra porcentaje no tiene significación alguna para él* (TAYLOR, 1987:68).

Como vemos no se trata de modelar y producir sujetos costosos y productivos, a la manera del soldado prusiano, sino de seleccionar y crear sujetos abaratados y substituibles. Quizás debamos ver en esta estrategia de poder una nueva lógica, que ya no se limita a reproducir estrategias disciplinares. Quizás esa vieja figura límite del trabajador, visto al mismo

tiempo como modelo y como amenaza, exigió la creación de una nueva tecnología de poder con características propias e irreducibles. Una estrategia menos preocupada en modelar sujetos «normales» y «productivos», esto es económicamente maximizados y políticamente minimizados, que en producir una humanidad «prescindible»: tanto política cuanto económicamente minimizada. Creemos que el taylorismo, como estrategia de poder, bien puede ser leído como un punto de ruptura, quizás irreversible, entre la vieja preocupación de los administradores decimonónicos de normalizar a los trabajadores indisciplinados, y una nueva preocupación, que parece anunciar el efecto deseado por nuevas tecnologías de poder: ya no se trata solamente de producir sujetos disciplinados sino también de producir sujetos prescindibles.

## Referencias Bibliográficas

- FOUCAULT, Michel, *La Vida de los Hombres Infames*. En *La Vida de los Hombres Infames*. Madrid : La Piqueta. 1990, 314p.
- \_\_\_\_\_. *Vigilar y Castigar*. México : Siglo XXI. 1976, 315p.
- \_\_\_\_\_. *Las Desviaciones religiosas y el saber médico*. En: *La Vida de los Hombres Infames*. Madrid : La Piqueta. 1990, 314p.
- BRESCHIANI, Maria Stella. *Londres e Paris no Século XIX*. São Paulo : Ed. Brasiliense. 1982, 124p.
- URE, Andrew, *The Philosophy of Manufactures: or an exposition of the factory sistem of Great Britain*. (1835). Londres : Frank cass. 1967, 478p.
- TAYLOR, F.W., *Principios de Administración Científica*. São Paulo : Ed. Atlas. 1987, 220p.